

COMPETITIVIDAD Y CRISIS

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. José Ángel Sánchez Asiaín*

Hace ya bastantes años, prácticamente desde 1993, que con una cierta regularidad vengo dedicando algunas de mis intervenciones en esta Academia, a los problemas que la tecnología, la innovación, y la competitividad, plantean a la economía española. Una cuestión, ésta, que constituye, sin duda, uno de los más importantes factores que determinan, y condicionan, el desarrollo económico de un país.

Y de nuevo, esta tarde, voy a tratar de hacer algunas consideraciones sobre esos problemas. Esta vez al hilo de la crisis que estamos padeciendo, tratando de reflexionar en alta voz sobre en qué medida esos tres factores, tecnología, innovación y competitividad, son los que están contribuyendo, y de manera verdaderamente esencial, a alimentar esa crisis, al menos en cuanto a su peculiar componente español, y en qué medida van a perturbar el que salgamos de ella y a condicionar nuestro futuro económico. Y voy a plantearme, también, en qué manera la evolución de ese problema, tecnología, innovación y competitividad, puede llevarnos, de no tomarse medidas, que no se están tomando, a que, superada la crisis en el tiempo que proceda, nos vamos a encontrar en una situación peor que la que teníamos en el año 2000. Pretendo pues sostener que una parte, notablemente importante, de la responsabilidad de nuestra mala situación económica se debe al bajísimo nivel de productividad que la economía española viene arrastrando, y que año tras año no hace sino empeorar, destruyendo, poco a poco, nuestra siempre escasa competitividad. Y traigo de nuevo este problema, al que ya me he referido aquí en ocasiones anteriores, porque quiero creer que todavía no se ha entendido su gravedad, y que hace falta mucha presión sobre la sociedad, y sobre los distintos responsables de ese proceso, para que seamos capaces de resolver algo que, en cualquier caso, nos va a llevar mucho tiempo.

* Sesión del día 2 de junio de 2009.

La historia ya nos la sabemos. Los menores costes de producción en los que España ha venido basando su competitividad hasta ahora, son ya una ventaja difícilmente sostenible. Prácticamente ya no existe. Y, como consecuencia, nuestra competitividad está cayendo en picado. Hoy es, sin duda, una de las más bajas de Europa. Y ello está originando déficits crecientes de nuestra balanza de pagos. Un déficit que se ha colocado en el corazón de la crisis, estrangulando nuestro crecimiento, y comenzando a crear gravísimos problemas financieros. Para dejar más claro lo que quiero decir, aunque luego volveré sobre ello, creo que es necesario tener en cuenta el hecho de que hace diez años la deuda externa “de España” ascendía a 131.000 millones de euros. Representaba el 26% de nuestro PIB. Hace cinco años esa deuda ya se había situado en 381.000 millones, el 52%. Esto es, el doble en cinco años. Y a finales de 2008 ese total alcanzaba la cifra de 1.120.000 millones de euros. Otra vez el doble en otros cinco años. Hoy, pues, la deuda representa el 102% de nuestro PIB. Lo que es una verdadera barbaridad.

LA PEQUEÑA HISTORIA

Cómo hemos podido llegar a esta situación, también es muy conocido. Porque prácticamente hemos sido “todos” los economistas de esta Academia los que, en distintos momentos y sesiones, y, como era lógico, desde diferentes perspectivas, lo hemos venido explicando aquí. Fuera de la Academia lo han hecho muchos más. Y todos con la misma consigna final: no arreglaremos la situación mientras no cambiemos el modelo de crecimiento de nuestra economía. Es decir, cambiar nuestra estructura productiva. Apoyarse en los sectores de más valor añadido. Entrar abiertamente en la sociedad del conocimiento. Algo repetido constantemente a lo largo de los últimos veinte años. Como una especie de muletilla. Y, sin embargo, al menos hasta muy recientemente, no parece que la sociedad, ni nuestros gobernantes, hayan entendido que es necesario.

Por fin, y después de muchas vacilaciones, ensayos y fracasos, ese cambio se inició a mediados de los 90. Como es lógico, y con esos antecedentes, en aquellos momentos partíamos de un nivel de investigación muy bajo, y de una prácticamente nula capacidad para transferir conocimiento, desde los que son capaces de generarlo, es decir, los investigadores, hasta aquellos que lo necesitan para hacer posible la innovación, y por tanto la mejora de nuestro PIB, es decir, las empresas. A la vez, teníamos problemas con la universidad, y problemas con la empresa. Y ambas trabajaban de espaldas. Como consecuencia, nuestro retraso con Europa era cada vez más importante. Porque, hasta ese momento, cada año que pasaba, el problema tenía mayor dimensión. No olvidemos que la ciencia y la tecnología, que siempre han sido imprescindibles para el tejido productivo, han venido cambiando en los últimos veinte años a una velocidad realmente de vértigo.

Simplificando mucho, estoy diciendo que hasta esos años, mediados de los 90, no habíamos sido, como país, capaces de tomar en serio tres objetivos básicos sobre los que todos nuestros competidores llevaban mucho tiempo trabajando. Uno, disponer de una investigación potente y moderna, capaz de crear y absorber tecnología para nuestro desarrollo. Otro, capacitar a nuestras empresas para que fueran conscientes de que la tecnología es una de las más importantes ventajas competitivas. Y el tercero, conseguir que ese conocimiento se tradujera en productos y servicios. De esos tres problemas, todos ellos importantes, el fundamental es el último, la transformación del conocimiento en una oferta que llevar al mercado global. Y eso es la innovación, en la que se basa el futuro del desarrollo económico. Es la innovación lo que nos permite competir en el exterior, y lo que nos permite, especialmente, defender nuestros mercados interiores.

Y en este punto tenemos que detenernos. Porque lo que no podemos olvidar es que nuestro mercado ya no es nuestro. Ahora es solamente una parte de un mercado global. Europa lo construyó en su momento para ella. Para Europa. Para el mercado común europeo. Pero ahora resulta que, con la globalización, ha puesto esos mercados a disposición de todo el mundo. Y hoy los europeos representamos una oportunidad para los demás, en medida mucho mayor en la que los demás lo son para nosotros. De ahí que, al menos por ahora, no tengamos más remedio que considerar que el mercado global debe ser visto como una amenaza que se cierne sobre Europa, sin que, por el momento, seamos capaces de responder a esa agresividad comercial con los necesarios niveles de productividad y competitividad.

Y esto, que es cierto para Europa, lo es más para España. Porque en competitividad estamos peor, mucho peor que la media europea. Y esta es la razón de que el peso de las exportaciones de España de productos de alta tecnología sobre el total de exportaciones haya "retrocedido significativamente" en los últimos años, mientras que las tasas de crecimiento del resto de Europa, y especialmente de los nuevos países, han ido creciendo vertiginosamente con valores de dos dígitos. Y también es la razón de que el peso en el PIB español de los sectores de alta tecnología, es decir, los de alto valor añadido, como Farmacia, Electrónica, Instrumentos o Aeroespacial, sea inferior al 1%, tres veces inferior al de los de países más competitivos. Y que en los sectores manufactureros de tecnología media-alta, Química, Automoción o Maquinaria, la situación no sea mucho mejor, con sólo un 4% de nuestro PIB, que es la mitad de lo habitual en esos países con los que comparamos. Y algo todavía mucho más grave, que a medida que nuestra economía va creciendo, el peso relativo de estos sectores avanzados se va haciendo cada vez menor. Y cada vez a mayor velocidad.

Existe otro importante problema que viene entorpeciendo nuestro acercamiento a ese nuevo modelo fundamentado en el conocimiento. Es el hecho de que

nuestra estructura productiva está basada en las pequeñas y medianas empresas. Y éstas se caracterizan por su baja capacidad de adaptarse al cambio. En España el total de las empresas, sin agricultura y sin pesca, excede ligeramente los tres millones. De ellas sólo pueden considerarse grandes unas 4.000, es decir, el 0,13%. El 94% son empresas que tienen entre 0 y 10 empleados. Y el resto, menos del 6%, son medianas. Una situación que se agrava, y mucho, por el hecho de que en España las PYME, todas juntas, dan ocupación al 82% de los trabajadores, una parte verdaderamente sustancial de la masa laboral. Lo que no sucede fuera de nuestras fronteras. En Europa es el 70%. En Estados Unidos el 50%. Y esta realidad es lo que, al final, marca las distancias. Porque esa distribución de la fuerza del trabajo, tan difuminada en España, supone que no tenemos el tejido industrial necesario para ser el motor del cambio y para ganar competitividad. Porque todo está demasiado atomizado. Hace no mucho decíamos aquí, que en España la innovación no podía hacerse en más de 200.000 empresas, aunque prácticamente sólo alrededor de unas 36.000 podían ser innovadoras. Pues bien, como luego explicaremos, en estos momentos empresas realmente innovadoras no hay más que unas 11.000.

Y sin embargo, y pese a todo esto, durante mucho tiempo, como acabo de decir, ni la empresa, ni la sociedad, ni los distintos gobiernos, fueron capaces de verlo hasta mediados de la década de los 90, momento en que nuestras políticas públicas empezaron a romper la atonía en que se venían moviendo en relación con la política tecnológica. Y afortunadamente, por esas fechas la necesidad de destinar más fondos a I+D pasó a ser importante. A la vez empezaron a fijarse objetivos más ambiciosos en cuanto a dedicar nuestro potencial científico-tecnológico a la resolución de los principales retos del país. Fue cambiando la sensibilidad a la tecnología de los empresarios, y de alguna manera de la sociedad. La Administración cumplió también sus tareas. Y desde entonces, hemos ido haciendo cosas, no muchas, ni todas muy bien. Pero las hemos hecho. Y poco a poco hemos ido mejorando. Y lo hemos contado aquí a lo largo de los últimos años, y no merece la pena insistir ahora.

NUESTRO POTENCIAL COMPETITIVO CUANDO LLEGA LA CRISIS

Y no merece la pena, porque ahora nuestro problema es otro. Y es que en esa situación, en este lento caminar, llegó la crisis. Y lo que de verdad tiene interés, para vislumbrar cómo puede discurrir nuestro futuro, es preguntarnos sobre la situación real comparativa en que se encontraba la competitividad española en el momento en que la actual crisis hizo su aparición. Afortunadamente se dispone de índices que permiten precisar con todo detalle esa situación.

El World Economic Forum publica anualmente un informe que tiene como objeto evaluar y comparar la competitividad real de ciento treinta y un países. Lo

hace analizando más de cien indicadores distintos, divididos en tres grandes grupos. Índices de “condicionantes” de la competitividad. Índices de “impulsión”. E índices sobre la “capacidad de innovar”.

Índices condicionantes de la competitividad son, entre otros, la eficiencia de las instituciones, la ética de las empresas, la calidad de las infraestructuras, la estabilidad macroeconómica, la inflación, el déficit público, o la esperanza de vida. La puntuación que se otorga a España en este grupo es, más o menos, la misma que asigna a los países más desarrollados.

Son índices “impulsores de la competitividad” la educación superior, la eficiencia de los mercados de bienes, los de trabajo, y los financieros. Y, desde luego, la mayor o menor facilidad de acceso a recursos tecnológicos. En este grupo de índices nuestras puntuaciones no superan el 75% de las de los países de referencia. Estamos pues mal. Porque es una diferencia realmente notable tratándose de competitividad.

Pero mucho peor estamos en cuanto a nuestra “capacidad real” para aprovechar el potencial del conocimiento como factor de competitividad. En este grupo se valoran la capacidad tecnológica, las relaciones entre las empresas y la universidad, la excelencia profesional de ingenieros y científicos, la propiedad intelectual, el gasto empresarial en I+D y, algo muy importante, el potencial de compra de los gobiernos de productos y servicios de tecnología avanzada. Y en esto, nuestra situación es “absolutamente insostenible”. Porque las puntuaciones que se nos asignan se colocan “en la quinta parte” de las de los países con los que comparamos.

La situación, en conjunto, es, pues, francamente mala. No puede ser peor. Y esta situación es en buena parte responsable del endeudamiento en el exterior de nuestra economía.

Así pues, a esta realidad hemos llegado por no haber sido capaces de entender a tiempo lo urgente e imprescindible que era cambiar el modelo de crecimiento. Pese a que ese cambio se reclamaba desde múltiples foros, organizaciones y expertos. Y con ese modelo hemos venido creciendo sistemáticamente por encima de la media de la Unión Europea. Y estábamos muy satisfechos de ello. Nos creíamos ricos. Pero nos estábamos financiando con cargo a la balanza de pagos. Y al final de este ciclo, nos encontramos con una bajísima productividad y con un elevado nivel de endeudamiento, deducido de un altísimo consumo y de nuestra baja capacidad de competir en los mercados tanto exteriores como propios. Un endeudamiento que nos va a hacer pasar muy malos ratos, porque, no hay ninguna duda de ello, representa una importante amenaza para nuestro crecimiento económico futuro.

Merece la pena profundizar un poco más en ese endeudamiento para acercarnos un poco más a la crisis. Tomemos pues, para ello, nota de que de ese 1.120 millones, más de la mitad, 600 millones, corresponden al endeudamiento bancario. Y tiene interés conocer cómo esta deuda se ha generado en el tiempo. Hace diez años el sistema financiero debía al exterior 4.200 millones, el 0,83% del PIB. Podríamos decir que este era el nivel de normalidad. Hace cinco años eran 59.000 millones, el 8%. Y ahora, como he dicho, 597.000, el 55%. La banca ha pasado en diez años de un endeudamiento que supone el 0,83% del PIB al actual del 55%. Se ha incrementado 66 veces. Son cifras que se comentan solas. También ha sido elemento desestabilizador la magnitud de la deuda de las economías domésticas y su evolución en el tiempo. Hace diez años el endeudamiento de las familias españolas ascendía a 202.000 millones de euros, es decir el 38% del Producto Interior Bruto. Hace cinco años eran ya 450.000, el 57%. A finales de 2008 se situaba en 912.000 millones, un 83% del PIB. Y un 80% de la renta disponible al año de las familias. Lo que quiere decir que con ese 80% las economías familiares casi llevan un año de retraso en pagar sus gastos corrientes. Una situación sólo superada por Irlanda (85%) o Portugal (81%), y a mucha distancia de Francia (47%) o de Italia (29%).

Una situación grave, lenta de recuperar, que sin duda se está traduciendo, y con ello entramos directamente en la crisis, en la agobiante falta de liquidez del sistema financiero que estamos padeciendo. Y, desde luego, en los problemas a que la banca se está enfrentando para cobrar a sus deudores, lo que va empeorando su solvencia. Y otro dato muy a tener en cuenta es que, al menos el 40% del endeudamiento total del sistema financiero se debe “exclusivamente” a nuestra baja competitividad. Una dolencia que sólo se va a curar a largo plazo, y con mucho dolor.

EL NUEVO NÚCLEO DE EMPRESAS

Y sin embargo, y tal como he dicho antes, no todo lo hemos hecho mal. Porque en los últimos diez años, el sistema español de innovación ha generado, al aire del clima que se iba creando, y de los esfuerzos que se hacían, un pequeño pero sólido grupo de empresas, que se ha ido forjando en un proceso creciente de basar su actividad en la tecnología y la innovación, y no en el empleo de mano de obra poco cualificada. Y de esta manera, en los últimos ocho años, el número de investigaciones empresariales ha crecido en España prácticamente al 13% anual acumulativo, que es un crecimiento excepcionalmente notable. El número de empresas innovadoras lo ha hecho al 11%. Las empresas que realizan I+D al 19%. El gasto empresarial en I+D al 13%. Y las patentes europeas de origen español han crecido al 12% anual acumulativo. A la vez, el gasto de I+D de las empresas españolas, aunque aún sigue siendo bajo, casi se ha cuadruplicado. Y

hay que tomar nota de que han sido las empresas medianas las que más han contribuido a ese crecimiento, porque en ese periodo su I+D se ha multiplicado por cinco, mientras que el de las grandes empresas no ha llegado a duplicarse.

Y de ese movimiento ha salido ese grupo de empresas que se han empeñado en basar su actividad en la tecnología y en la innovación. Serán unas 11.000. Todas ellas con investigación propia, y cuya identificación es fácil de establecer por criterios objetivos. Y éstas, junto a más de un millar de grupos de investigación del sistema público, verdaderamente activos y conectados permanentemente con ellas, constituyen ese núcleo que, aunque pequeño, está bien articulado, y constituye ya algo vital para el futuro de nuestra economía.

Un grupo muy poco visible para la opinión pública, porque ha quedado oculto por las continuas informaciones que recibimos, que siempre se refieren a la débil posición española en investigación, en desarrollo e innovación, lo que es verdad, pero globalizando las magnitudes. Sin destacar en la estadística a ese grupo, que puede y debe ser la base de partida del nuevo modelo de crecimiento económico que estamos buscando.

Pues bien, en este escenario, con sombras, pero también con luces, ha aparecido la crisis. Una crisis que está teniendo, y que va a tener, efectos muy devastadores en puntos muy sensibles de la economía española, “especialmente en el orden tecnológico y en el de la innovación”. Una crisis que nos ha encontrado en la situación que hemos descrito, y con la realidad de una política anti-crisis que, según se está formulando y desarrollando, y en la forma en que nos estamos enfrentando a ella, es realmente una huida hacia delante, y un permanente desconocimiento sobre dónde tenemos el problema, a partir de una política indiscriminada de “café para todos”. Y todo ello está a punto de llevarse por delante a ese núcleo de empresas sanas, con un futuro asegurado, que es nuestro propio futuro, pero que hoy tienen problemas de financiación, especialmente de circulante, y porque una buena parte de ellas está todavía a medio camino de su desarrollo. Y si este núcleo no sobrevive a la crisis, deberemos volver a empezar casi donde habíamos iniciado nuestra andadura hace ya más de diez años. Independientemente de esto, también se ha conseguido frenar en seco la progresiva operación de creación de empresas tecnológicas que, poco a poco, han ido dando esos frutos.

Y AHORA, ¿QUÉ HACEMOS?

Es claro que no debemos permitirnos retroceder al nivel de hace diez años, renunciando al tremendo esfuerzo que se ha hecho, tanto público como privado. Precisamente ahora, que ya sabemos lo largo y lo costoso que ha sido crear

una capacidad y especialmente una actitud, que permiten confiar en la innovación como ventaja competitiva. Y, precisamente ahora, que ya tenemos esas empresas. Pocas, pero las tenemos. Ahora se trata de conservarlas.

Y esto nos lleva al capítulo pendiente de lo que tenemos que hacer en estos momentos. Sin duda estamos viviendo momentos muy críticos. Y nuestra primera preocupación no puede ser otra que salir de la crisis a la mayor rapidez. Ello tiene su abanico de recetas, sus dificultades, y su tiempo. No voy a entrar en ello. Pero saldremos. Más tarde o más temprano, y con un daño que todavía no podemos calcular. Por cierto, que hablando de cuándo vamos a llegar a la normalidad, que es la pregunta permanente, creo que es bueno que sepamos que expertos americanos empiezan a acuñar, hablando de la crisis, un nuevo término. Es el de “la nueva normalidad”. Porque ya entienden que no procede hablar simplemente de la vuelta a la normalidad, que ya no es un punto de referencia. Y en el fondo lo que se quiere decir es que la normalidad que hemos perdido, no es posible que sea recuperada en los niveles que había alcanzado. Al menos en plazos de tiempo que puedan tener sentido.

Así pues, ahora lo prioritario es salir de la crisis. A la vez, sin embargo, habrá que pensar en que, si no hacemos nada más, en el mejor de los casos estaremos en la misma o peor posición en la que estábamos cuando la crisis llegó. Que ya sabemos que era progresivamente insostenible. Además, supondría perder la oportunidad que todas las crisis ofrecen para poner las cosas en orden y rectificar los errores pasados. Ello quiere decir que sería sensato el que, desde ya, se iniciara una estrategia para ir poniendo en marcha las reformas estructurales que el país necesita. Para movernos hacia ese nuevo modelo de crecimiento. Desde luego, por su propia naturaleza, serán medidas que sólo se harán operativas a medio o largo plazo. Y el cambio será lento y costoso. Pero, precisamente por ello, habría que empezar cuanto antes. Y lo hemos aplazado demasiado.

Las medidas a tomar son muchas. Y más o menos las conocemos todas. Porque se han contado muchas veces. Una de ellas es la educación. Nos lo explicó muy bien hace unos días Jaime Terceiro. La posición española en las listas de la calidad de la educación es, desde hace mucho tiempo, mala. Y lo es en todos los niveles formativos. Nuestro gasto en educación es muy inferior al de los países de nuestro entorno. Y reconocida es la baja calidad de los conocimientos en matemáticas y física de nuestros jóvenes. Especial y urgente atención deberemos, pues, prestar al sistema educativo. Que siempre ha sido un agente imprescindible de todo sistema de innovación, pero que en la situación que atravesamos, deberá asumir en todos los niveles un papel mucho más amplio. La educación primaria deberá asumir la responsabilidad de inculcar los valores y hábitos que hacen innovadora a una sociedad. Y tenemos un agujero muy profundo en formación profesional. Como dijo Jaime, en España tenemos un alumno en formación profesional

por cada tres en la universidad. En la Unión Europea la proporción es uno a uno. Por otra parte, las enseñanzas profesionales deberán ser simplificadas y redefinidas, partiendo de las necesidades empresariales. Habrá que cuidar también, y exquisitamente, la calidad de la formación superior, porque de ella depende nuestra capacidad en el futuro de generar conocimiento, y de tomar decisiones empresariales y públicas que favorezcan el aprovechamiento de la ciencia y la tecnología. Y todo esto se puede, y se debe, empezar a hacer ya.

Habrà que plantearse también la calidad de nuestras instituciones científicas y, muy especialmente, las relaciones universidad-empresa, que deben mejorar muchísimo. Porque el bajo nivel de esta relación está suponiendo una importante pérdida de sustancia en nuestro producto interior bruto. Y ya es conocido que el campo de mejoras, tanto para elevar el nivel de excelencia de nuestro sistema científico, como para que, en un tiempo razonable, nuestras empresas puedan aprovechar las posibilidades que éste pueda ofrecer es amplio. No menos necesaria es la mejora de la conexión del sistema privado con la innovación del sistema público de I+D, ahora que es ya posible porque ha alcanzado una cierta calidad científica. Para ello será necesario revisar, entre otras cosas, los procedimientos de promoción de los investigadores públicos.

Tendremos que mejorar mucho y rápidamente nuestra pobre realidad del gasto en I+D de las empresas. Y mejorar una gestión empresarial que hoy está muy alejada de los desafíos de la globalización. Lo mismo hay que decir del reducido número de personal técnico, y especialmente de investigadores, de nuestras empresas.

Un gran cambio estructural, que será difícil y lento, pero sobre el que ya hay que empezar a trabajar, debe ser mejorar el nivel tecnológico de las PYME. Porque, por una parte, son necesarias más nuevas empresas de base tecnológica, que se esfuercen en triunfar en nichos de alto valor añadido. Pero por otra, también es preciso, y esto puede ser más rápido, que las empresas que hoy operan en sectores tradicionales vayan apoyándose cada vez en las tecnologías disponibles en su sector, suministrándoles información sobre estrategias de innovación y planes de formación de directivos.

Y algo hasta ahora muy descuidado es la actuación pública y privada desde el lado de la demanda de productos tecnológicamente avanzados. El fomento de los llamados “mercados tractores de la innovación” ya es una preocupación mundial, y en España la “compra pública de tecnología innovadora” es posible desde fechas muy recientes. Desgraciadamente, no está teniendo consecuencias apreciables porque tropieza, una vez más, con los funcionarios a quienes corresponde tomar la decisión de comprar. Los empresarios también deberán asumir su responsabilidad, que es mucha, en esta operación.

Pero, en todo caso, y como antes decía, lo primero es salvar ese pequeño núcleo de 11.000 empresas. Existen medidas que pueden aplicarse de forma muy selectiva en función de “merecimientos” específicamente tecnológicos, y que no requieren un gran volumen de recursos. Como facilitar la financiación del circulante para los negocios en curso, originados por actividades de I+D de los últimos años, que están peligrando por dificultades financieras. O asegurar que los proyectos de I+D tengan acceso a créditos públicos o privados. O como favorecer la entrada de capital riesgo en las empresas que puedan demostrar un intenso y rápido incremento de su actividad de I+D en estos últimos años. O arbitrar ayudas a aquellas empresas que hayan tenido un fuerte aumento de su personal de I+D en años recientes. Hay muchas más medidas. Y no son muy costosas.

* * *

Creo que debo terminar con una advertencia. Una advertencia que se desprende de toda mi exposición, pero que puede ser útil explicitarla, para dejar más claro el sentido de lo que he tratado de decir. Y especialmente qué es lo que tenemos en juego, y cuál es el peligro que estamos corriendo. Debe quedar claro que nuestro futuro económico depende fundamentalmente de que, cuanto antes, seamos capaces de montar nuestro aparato productivo en base de lo que venimos llamando un nuevo modelo de crecimiento. Y también debe de quedar claro que estamos muy lejos, no de conseguirlo, sino incluso de iniciar su camino, especialmente si, al final, no fuéramos capaces de recuperar esas 11.000 empresas que están corriendo peligro.

Y, dicho esto, también es vital que en la política contra la crisis no utilizemos la estrategia que coloquialmente suele definirse como “café para todos”. Y éste sí es el resumen de todo lo que he dicho. Porque en la situación en la que nos encontramos, el mínimo sentido común dice que sólo deberíamos ayudar a aquellos sectores, proyectos o empresas, que estén en condiciones de defenderse, de ganar su pan en un sistema competitivo, que es lo que impera en el mundo. Y que aquellos sectores, proyectos o empresas que no estén en esas condiciones, no deberán ser ayudados de ninguna manera desde las administraciones. Porque cuanto más tarde se libre de ellas nuestro esquema productivo, antes llegaremos al objetivo perseguido.

Desde luego esto no es nada nuevo. Tenemos la experiencia de la gran reconversión industrial de los años 1975-1995, que prácticamente hizo desaparecer de nuestro esquema productivo las grandes empresas industriales, y sectores como la construcción naval o la gran siderurgia. Fue un tratamiento de choque intenso, y a corto plazo, para reformar las industrias más afectadas por la crisis en orden a garantizar su competitividad. Se cerraron instalaciones, se ajustaron las

plantillas laborales y se aplicaron nuevos sistemas de organización y gestión. Estoy seguro que lo recordamos todos. Yo lo viví en primera persona, porque en aquellos años era consejero y miembro de la Comisión Ejecutiva de Altos Hornos de Vizcaya. Y fui uno de los tres miembros del comité constituido para hacer el ajuste de la factoría. Lo recuerdo como una etapa larga, y dura. Muy dura. Pero después de graves incidentes sociales, ajustes, y reconversiones, los diferentes sectores terminaron con unas capacidades de producción normalizadas a lo que era la demanda. Y todas las empresas dotadas de estrategias con visión internacional y compitiendo fuera de nuestras fronteras. La operación fue muy dura, como digo, y de un altísimo coste. Pero se dejó limpio el sistema.

Ahora ya sabemos lo que hay que hacer. Y deberemos hacerlo pronto.

Aquí debería terminar esta intervención mía. Pero voy a gastar unos minutos más. Muy pocos, sobre un tema que se escapa de todo lo anterior, y que entra ya, de alguna manera, en lo que propiamente es la crisis actual. En realidad es una pequeña aportación para que cada uno reflexionemos. Hablamos de crisis en singular, pero hay muchas crisis dando vueltas, y entremezclándose: la crisis *subprime*, la crisis financiera (crisis de liquidez y de solvencia), la crisis del modelo que hemos venido utilizando, la que llamamos del ladrillo. Algunas de ellas están afectando a todo el mundo, otras lo son sólo de algunos países concretos, y alguna es muy específica de España. También es cierto que hay otras de las que podríamos hablar. Una podría ser la crisis de valores, que quedaría integrada por la excesiva ambición y la falta de ética, responsables de algunas de las situaciones que nos han llevado donde estamos. En todo caso, lo que está claro es que todavía no existe un diagnóstico de lo que está sucediendo. Y, a mi modo de ver, esto es el gran riesgo que supone no saber lo que pasa.

Pero a lo que quiero referirme es a un fenómeno que podría ser en realidad una crisis de la que no hablamos y que, de existir, sería bastante grave. En 1987 ingresé en esta Academia. Titulé mi discurso de ingreso *Reflexiones sobre la banca*. En aquel momento examiné los orígenes de la banca, su evolución en el siglo XX, y la transformación estructural del mundo financiero. E intenté dibujar, a catorce años vista, un escenario para el año 2000. Para ello, estudié el perfil de las entidades financieras con ese horizonte y definí tres desafíos que tenían posibilidades de prosperar, y que podrían llevar a una "crisis" del sector bancario. La crisis del concepto de banca. La crisis del modelo de análisis teórico. Y lo que yo llamaba la crisis de adecuación entre los sectores real y financiero. Volví sobre esta cuestión, tratando de profundizar en ello, en la primera intervención que tuve en el turno regular de académicos. Los dos documentos fueron publicados por la Academia. Y a esto último quiero referirme ahora, en dos minutos más.

Llamaba la atención sobre los problemas que podría ocasionar en el futuro un desarrollo no controlado, y cada vez más autónomo, del sistema financiero. Especialmente si el mundo financiero fuera perdiendo contacto con las necesidades del mundo real. Porque me parecía entonces que el excesivo protagonismo de lo financiero podría estar llevando, poco a poco, a los distintos intermediarios financieros a olvidar su verdadero papel en el sistema, que no debe ser otro que el de simples asignadores eficientes de recursos escasos. Y ese perder el contacto con el mundo real podría llevar al sistema a que, al final, su objetivo no fuera servir y facilitar las necesidades reales de inversión existentes, sino las oportunidades ofrecidas a corto plazo para obtener exclusivamente mayores rendimientos de los efectos financieros. Y, si esto fuera así, decía entonces, estaríamos corriendo el riesgo de utilizar el formidable potencial de crecimiento del mercado global para soportar financieramente situaciones artificiales, cuando no indeseables, de la economía real, retrasando los necesarios ajustes. Es decir, estaríamos poniendo los cimientos de un universo financiero en permanente expansión y caracterizado por su carencia de equilibrio. A partir de una concepción de la innovación financiera como un fin en sí misma, abriendo la posibilidad de que se produjera una sobrevaloración de los nuevos productos y servicios ofrecidos en relación con el riesgo que comportaban. Y, por ello, estaríamos aceptando un sistema financiero deformado, ineficaz, sobredimensionado y sin legitimación, por encontrarse desconectado de las demandas sociales. Y ello podría suponer el recorte de las posibilidades de crecimiento de la economía mundial, y un riesgo para la estabilidad del sistema financiero internacional y de los intercambios financieros. También sería posible, decía entonces, que un desproporcionado crecimiento de lo financiero, y el carácter global de los mercados, pudiera originar una fase de recesión de la economía mundial.

Ahora me pregunto si no hemos entrado ya en ese proceso. Pero todavía no tengo la respuesta.